

**Misa de apertura del Curso de Formación Monástica**  
**Roma – Casa General OCist – 22 de agosto de 2012**  
**Memoria de Santa María Reina**

*Lecturas: Isaías 9,1-3.5-6; Lucas 1,39-47*

Las lecturas de esta memoria de Santa María Reina hablan más de alegría que de poder: “Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría” dice el profeta Isaías (Is 9,2). “Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno”, exclama Isabel acogiendo a María (Lc 1,44).

¿Por qué tanta alegría? Porque nace un niño, porque viene al mundo un niño que responde a todas las expectativas. “Porque nos ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo” explica Isaías (Is 9,5). “¿Cómo es posible que venga a mí la madre de mi Señor?” (Lc 1,43). Isabel, iluminada por el Espíritu Santo, y animada por el salto de Juan Bautista en su seno, reconoce que María viene a ella como Madre que ha concebido al Señor, como Madre de Dios.

Todos esperan a este Niño: el pueblo que yace en las tinieblas y en la esclavitud, que espera “la paz sin fin” (Is 9,6); Isabel en su ancianidad y Juan que se encuentra todavía en el seno de su madre: todos esperan a este Niño. Todos tienen en el corazón una necesidad de luz, de libertad, de paz, de sentido de la vida, tanto a su inicio como a su fin, una necesidad que solo Él puede satisfacer, solo Él que es Dios y viene hacia el hombre para vivir con él. Todos los deseos del corazón humano tienden a una única respuesta verdaderamente consumada, verdaderamente absoluta: Dios que se hace hombre para amarnos con todo su ser y llenar nuestra vida con su amistad.

Desde el inicio de su existencia terrena en el seno de María, Jesús se revela como la respuesta a todas nuestras expectativas y, por lo tanto, la alegría suprema de la vida, la alegría de todos.

Ante estos testimonios de alegría en Cristo, de alegría por Cristo, debemos hacer un examen sobre nosotros mismos y preguntarnos: ¿Jesús es de verdad para mí la máxima alegría? ¿De verdad es la alegría de mi vida? Me alegro ante Él “como se goza en la siega y como se exulta cuando se reparte el botín” (Is 9,2)? Es decir: ¿la alegría por Él es verdaderamente una alegría que da cumplimiento al trabajo y a la lucha de la vida, así como la siega es el cumplimiento del trabajo del campesino y el reparto del botín es el cumplimiento de la caza del cazador o de la batalla del guerrero? ¿Verdaderamente es Cristo lo más querido en nuestra vida, como nos pide san Benito (cfr. RB 5,2)?

La pregunta sobre si Jesucristo es la alegría de nuestro corazón es la pregunta sobre la que deberemos examinarnos constantemente en el camino de nuestra vocación. Y esto también cuando no nos sintamos felices, cuando estemos tristes. ¿Estamos tristes por Cristo o por otras razones? ¿Estamos tristes porque nos falta Jesús, porque no lo amamos lo suficiente, o porque nos falta otra cosa?

Pero sabemos que nuestro corazón no es sencillo, que nuestra alegría y nuestra tristeza no son siempre completamente por el Señor. A menudo, el motivo de nuestra alegría y nuestra tristeza es nuestro propio interés, nuestro orgullo, nuestra ambición. Por esto, todos necesitamos que alguien gobierne nuestro corazón, que lo eduque hacia la verdad

de su deseo, que lo eduque para preferir a Cristo sobre todas las cosas. Tenemos necesidad de una Reina que sea Madre y Maestra de nuestro corazón, de una Reina que nos eduque para la preferencia de Cristo.

María es esta Madre y Maestra, es esta Reina. Nos educa acogiendo a Jesús para ella y para nosotros, y dándonoslo, llevándolo a nuestra casa y a nuestra vida, como cuando visitó a Isabel. Nos lo da tan cerca, que lo percibimos interiormente, como Juan Bautista. Sobre todo, María nos trae a Jesús porque nos enseña a acogerlo. Isabel lo entiende muy bien: “¡Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!” (Lc 1,45). María nos trae a Jesús porque cree en el don de su presencia anunciada por la palabra del Señor a través del ángel Gabriel. Es la fe de María la que acoge a Cristo y nos lo da, y es en esta misma fe en la que podemos acoger a Cristo hasta llegar a la alegría del corazón y, por lo tanto, darlo también nosotros a los demás, llevarlo con nosotros para ofrecerlo a todos como la alegría plena de la vida, como hará Juan Bautista.

Al final de esta Misa iremos al claustro para bendecir la nueva estatua de la Virgen de la fuente. Es una copia en mármol de la de cemento que estaba ya muy deteriorada. Ha sido esculpida en Vietnam y llegó al puerto de Génova justamente para la fiesta de la Visitación. Es significativo que la bendigamos hoy, al inicio del Curso de Formación Monástica, en presencia de todos vosotros, que representáis la Familia Cisterciense y Benedictina del mundo entero.

Esta Virgen tiene la particularidad de llevar al Niño Jesús sobre su espalda, casi como un san Cristóbal que quiere salvar a Jesús de las aguas. Pienso que en este gesto se debe ver, sobretodo, el hecho de que para María Jesús está por encima de todo, que Jesús es lo más importante que María quiere llevar, mostrar y dar. Podríamos llamar a esta imagen “La Virgen de la preferencia por Cristo”, la preferencia que nos pide san Benito en la Regla (cfr. RB 4,21; 5,2; 72,11).

El Niño elevado de esta forma tiene las manos libres para extenderlas en un gesto de bendición y de acogida, como si quisiera abrazarnos a cada uno de nosotros o, más bien, como si quisiera que lo tomásemos en brazos y ser llevado por cada uno de nosotros, de modo que nosotros también nos convirtamos en portadores de Cristo, en las personas que no tienen nada más querido que a Cristo, y transmitamos el don de esta preferencia a los demás, como la más grande alegría de nuestra vida.

A los pies de María hay una paloma. ¡Es extraño que el Espíritu Santo sea colocado tan bajo! Suele representarse siempre en alto, con las alas extendidas. Pero podemos entender esta particularidad en el sentido de que cuando se pone a Jesús por encima de todas las cosas, por encima de uno mismo, el Espíritu Santo puede posarse sobre la tierra, cerca del agua viva de la gracia bautismal. Cuando preferimos a Cristo, el Espíritu descansa, ha cumplido su misión, y se queda cerca de nosotros para indicarnos el camino de la santidad, de la plenitud de la vida en Cristo.

Esto es lo que pedimos por intercesión de María, esto es lo que pedimos al inicio y como fin del Curso de Formación. Si permitimos al Espíritu Santo formarnos como María en la preferencia de Cristo, la formación que recibiremos será fecunda en sabiduría, alegría y caridad.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori*  
*Abad General OCist*